





ROBERT BEVAN

MENTIRAS
MONUMENTALES
LA GUERRA CULTURAL SOBRE EL PASADO

Traducción de
Daniel Esteban Sanzol



BARLIN LIBROS
PENSAMIENTO AL MARGEN



institutió
alfons el magnànim
centre valencià
d'estudis i d'investigació





Primera edición: octubre 2023

Título original:
Monumental lies
Culture wars and the truth about the past

Monumental lies © 2022 by Robert Bevan
© 2023, de la traducción
Daniel Esteban Sanzol
© 2023, de la cubierta
Irene Bofill
© 2023, de esta edición
Barlin Project SL
Avda. Balears 61-20 | 46023 (València)
editorial@barlinlibros.org
www.barlinlibros.org

&
Institució Alfons el Magnànim - Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació
C/ Corona 36 | 46003 (València)
magnanim@dival.es
www.alfonselmagnanim.net

Dirección editorial:
Alberto Haller

Compaginación y diseño: **BARLIN LIBROS**

Thema: JBCC2 | NHTB
ISBN Barlin Libros: 978-84-125763-3-7
ISBN Institució Alfons el Magnànim: 978-84-1156-040-5
Depósito legal: V-1870-2023

*Esta edición se publica
por acuerdo con Verso Books*

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares del *copyright*, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a cedro si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.





TABLA

INTRODUCCIÓN

11

I

ASESINOS A LA VUELTA DE LA ESQUINA

37

II

LA BATALLA DE ESTILOS COMO GUERRA CULTURAL

79

III

LOS ENEMIGOS DEL MUNDO COSMOPOLITA

123

IV

AUTENTICIDAD: EL CARÁCTER MATERIAL DE LA VERDAD HISTÓRICA

161

V

EL CÓCTEL BÉLICO-PATRIMONIAL

199





VI

SOBRE LA EVIDENCIA HISTÓRICA

235

VII

BLANQUEAR LA VERDAD: BULOS Y MENTIRAS PIADOSAS

279

VIII

TODO PATAS ARRIBA

325

IX

UN LARGO CAMINO POR RECORRER:
EL PATRIMONIO HISTÓRICO Y SUS LIMITACIONES

361

AGRADECIMIENTOS

383

REFERENCIAS

385



Para Agnes.

*Por los muchos libros que
tomé prestados de la biblioteca.*







INTRODUCCIÓN

El sujeto ideal del gobierno totalitario no es el nazi convencido o el comunista confeso, sino las personas para quienes la distinción entre realidad y ficción —esto es, la realidad de la experiencia— o la diferencia entre verdadero y falso —es decir, las bases del pensamiento— ya no existe.

HANNAH ARENDT,

*Los orígenes del totalitarismo*¹

Si leemos una ciudad con la suficiente cautela, esta nos contará muchas cosas sobre nuestro pasado. Del mismo modo que un libro posado sobre un estante de la biblioteca o que cualquier documento almacenado en algún cajón del archivo, los monumentos, la arquitectura y las ciudades que nos rodean son evidencias históricas. Es más, los elementos constitutivos de una ciudad son evidencias materiales: huellas físicas reales de eventos pasados, pero, al mismo tiempo, testigos de formas anteriores de pensamiento. Entremezclados con ellos encontramos valores, modelos políticos y sistemas económicos que, por distintos que sean de los que hoy practicamos, no han dejado de ejercer su efecto sobre nuestro presente. Como bien señalara la propia Hannah Arendt: «La realidad y confiabilidad del mundo humano se basan en que estamos rodeados de cosas más permanentes que la actividad que las produce, e incluso que quienes las producen».²



Precisamente por eso, cuando reconfiguramos nuestras ciudades como nos place para construir con ellas fantasías sobre el pasado, o cuando los monumentos y las estatuas empiezan a contar historias falsas en relación a quién o qué acontecimientos merecen ser inmortalizados, los registros históricos comienzan a verse adulterados. Cuando, en un alarde de falsedad, se nos señala que ciertos estilos arquitectónicos son ajenos a nuestra cultura o se asegura que los seres humanos preferimos, de manera natural, vivir rodeados de personas idénticas a nosotros, la fiabilidad del mundo que nos rodea comienza a tambalearse. Nuestras calles y plazas dejan de ser esos lugares moralmente neutros e inertes, formados tan solo por ladrillo y piedra, que parecían ser hasta hace un instante —pues también una ausencia puede ser reveladora—. Basta, si no, con que echemos un vistazo a nuestro alrededor y poseemos la mirada —o evitemos hacerlo— en la inmensidad de conmemoraciones vinculadas con las grandes conquistas de las mujeres, la experiencia acumulada por el pueblo negro o las vidas de las personas LGTBIQ+. Para aquellos que llevan las riendas y cuentan con dinero de sobra como para aposentar sus preferencias sobre un pedestal, los monumentos tienden a ser con frecuencia una herramienta destinada a oscurecer los hechos reales de la historia, a configurar un relato predilecto, a inventarse tradiciones nacionalistas y cívicas o a alimentar comunidades imaginarias en las que solo caben unos cuantos afortunados.³

El presente libro se propone hablar sobre las verdades y mentiras que atraviesan nuestro entorno edificado, en una escala que oscila desde una simple figura sostenida en lo alto de una peana hasta las dimensiones de una ciudad entera: desde *Judensau*, la colección de imágenes antisemitas en la que se intercalan judíos y cerdos con el fin de ridiculizarlos en las iglesias medievales, hasta las copias digitales impresas en tres dimensiones sobre los arcos de templos antiguos, destinadas a reemplazar las piezas originales destruidas por el Estado Islámico —a veces llamado Daesh—; desde aquellos usos del planeamiento urbanístico cuyo único objetivo no es otro que segregar a las poblaciones en virtud de su raza, o separar un núcleo suburbano del ancho mundo situado extramuros, hasta los empeños por impedir la presencia de los minaretes en la silueta de nuestras urbes occidentales.





Los capítulos que componen esta obra versan, en su mayoría, acerca de las construcciones que integran nuestro entorno histórico. No pretenden presentar una suerte de arquitectura contemporánea. En este sentido, centran su interés en aquello que llamamos la esfera pública, en detrimento del mundo interior que hallamos en los museos o en las interpretaciones que estas instituciones nos ofrecen acerca de sus bienes controvertidos. Con todo, nuestra preocupación no pasa únicamente por las maquinaciones internas del mundo heredado —si bien los fracasos de la politizada UNESCO y del peligroso cóctel «bélico-patrimonial» también serán objeto de estudio a lo largo de estas páginas—. En vez de ello, nos ocuparemos de aquellos hechos y relatos vinculados con la historia arquitectónica e intentaremos mostrar sus discursos y tergiversaciones. Con frecuencia, este entorno histórico se dibujará como una mera herencia superficial que ha logrado suplantar a la historia más profunda. Por mi propia experiencia como profesional que trabaja a diario en el ámbito patrimonial, sé de primera mano hasta qué punto esta distinción puede resultar engorrosa. Sin embargo, resulta crucial tomarla como punto de partida. Pues aquello que nombramos cada vez que utilizamos el término «patrimonio» no consiste, a fin de cuentas, sino en un conjunto de simples hechos históricos filtrados por un tamiz en el que tiene cabida «la mitología, la ideología, el nacionalismo, el orgullo local, los ideales románticos o los meros intereses comerciales».⁴ Este cariz superficial y políticamente conservador de nuestro patrimonio se encuentra expuesto de un modo brillante en el clásico libro publicado en 1985 por David Lowenthal, *The Past Is a Foreign Country* [El pasado es un país extranjero], al que se sumaría poco después el excelente trabajo de Robert Hewison, *The Heritage Industry: Britain in a Climate of Decline* [La industria del patrimonio: Gran Bretaña en decadencia], publicado un par de años más tarde. A decir verdad, los trabajos publicados por autores de izquierdas que muestren una mirada amable con nuestro legado histórico brillan por su ausencia. A nuestro modo de ver, que la izquierda política haya dejado en manos de los conservadores el estudio de esta clase de asuntos constituye una de las tragedias culturales más importantes de los últimos cincuenta años.⁵

William Morris y su Sociedad para la Preservación de Edificios Antiguos —el célebre National Trust—, junto con la creación de su





iniciativa fundacional destinada a proteger los parques nacionales, son dos ejemplos de las muchas propuestas conservacionistas que tienen sus raíces en la resistencia socialista a los excesos y expolios capitalistas; se trata de iniciativas que nada tienen que ver con las actitudes pequeño-burguesas ni con la incorregible tendencia a mirarnos el ombligo. En los tiempos que corren, parece que la izquierda ha olvidado su propia historia y aborda cualquier forma de legado con profundas reservas. Si tenemos en cuenta las burdas maneras en que se ha utilizado este legado como un salvoconducto derechista para apropiarse de la esfera cultural, la reflexión anterior no debería sorprendernos. En cualquier caso, sería una estupenda noticia que la izquierda reclamara de nuevo este escalafón simbólico y se abriera a cuidar la herencia y la conservación de nuestro pasado. Pues conviene no olvidar que este último tiene la mala costumbre de acecharnos cada dos por tres.

Cuando estas obras de Lowenthal y Hewison vieron la luz durante los años ochenta del siglo pasado, el impacto del neoliberalismo sobre la cultura ya empezaba a palpase. A menudo, el término «guerra cultural» suele atribuirse a la figura de Pat Buchanan, quien hizo uso del mismo por primera vez durante la convención del Partido Republicano de Estados Unidos celebrada en 1992, en la que entonó un grito de guerra en favor del alma americana: «Asistimos a una guerra cultural, tan crucial para dirimir el tipo de nación que seremos como lo fue en su día la propia Guerra Fría».⁶ En aquel momento, Buchanan pretendía arremeter contra los derechos de los negros, la emancipación homosexual y el feminismo, y ansiaba sumarse al fervor conservador que se había desatado como consecuencia de los disturbios ocurridos en Los Ángeles un año antes después de que retiraran los cargos que pesaban contra los agentes de la policía angelina responsables de propinar una brutal paliza al ciudadano negro Rodney King. El mensaje de Buchanan encarnaba un alegato a favor del orden y la ley, al tiempo que instigaba a poner en su sitio a «esa panda de rebeldes» mediante una intervención militar que, en caso de producirse, tendría lugar en una ciudad todavía profundamente segregada en muchos de sus barrios —una separación por razas a la que habían aportado su granito de arena, durante las décadas anteriores, diversos actores: desde facciones locales del Ku Klux Klan y el Partido Nazi Estadounidense hasta los agentes de policía estatal y los cuerpos de seguridad federales



más xenófobos—. «Igual que ellos nos arrebataron, manzana por manzana, las calles de Los Ángeles —zanjaba Buchanan—, reconquistemos ahora nosotros nuestras ciudades, nuestra cultura y nuestro país».

Sea como fuere, lo cierto es que los orígenes de las guerras culturales —desde el decimonónico concepto germano de la *Kulturkampf* hasta las pugnas emancipadoras de los años sesenta y sesenta— se remontan mucho más en atrás en el tiempo. Así pues, su particular versión de los años ochenta y noventa a menudo tomó la forma de acusaciones de corrección política cuya finalidad —al igual que ocurre hoy— no era sino frenar los avances en la justicia social y, en la medida de lo posible, revertir sus conquistas. En el Reino Unido, durante los años ochenta proliferaron hasta la saciedad multitud de tabloides repletos de bulos contra los consistorios londinenses de izquierdas, a los que se acusaba de un modo fraudulento de censurar el uso de palabras tan corrientes como «blackboard» o «manhole» —embustes patrocinados por el gobierno central de los *torys* ante los desafíos que imponían, a la sazón, el socialismo municipal y los sindicatos convertidos, por aquel entonces, en exitosos vectores igualitaristas—. Por su parte, en los Estados Unidos, durante las décadas de los ochenta y noventa, no dejaron de surgir herramientas de poder similares que oscilaban desde las pegatinas con el eslogan «Parental Advisory» [Aviso para los padres] colocadas en las carátulas de los discos de rap o en las exposiciones financiadas con dinero federal de los museos de arte que exhibían fotografías fetichistas de Robert Mapplethorpe —por no hablar de la cruzada emprendida contra las drogas o el derecho al aborto—. En la posterior etapa de guerra contra el terrorismo y su pulsión anuladora de pueblos y religiones, las guerras culturales subieron la apuesta y, así, la tensión siguió escalando con motivo de la crisis financiera global del año 2008, una crisis del capitalismo que trajo políticas de austeridad y que hizo de nuestras sociedades una suerte de ley de la jungla. En semejante contexto, nuestras tribulaciones superaron cualquier referencia conocida hasta la fecha.

Como vemos, no nos encontramos tanto enfrascados en medio de una flamante guerra cultural como hundidos hasta las trancas en la última batalla de un conflicto social que lleva en marcha varias décadas y hoy cotiza al alza de nuevo. En un bando, encontramos el temor hacia nuestros semejantes, heredado directamente del 11-S y





del acaparamiento neoliberal de la esfera pública, sumado al auge del nacionalismo y el nativismo; en el bando contrario, encontramos las críticas *queer*, de raza, feministas y decoloniales vertidas contra el canon monumental, responsables de conseguir cambiar parcialmente el curso de la conversación. En este sentido, los lugares históricos y nuestros paisajes conmemorativos no han dejado de estar en disputa durante los últimos siglos, pero hoy asistimos a una pugna ferozmente renovada que coloca en la primera línea de batalla a la arquitectura y al legado histórico.

Esta situación se aprecia claramente en el nuevo periodo de fervor nostálgico al que asistimos, una suerte de estatuaria carrera armamentística caracterizada por la proliferación incesante de monumentos públicos elaborados de prisa y corriendo con la intención de honrar a alguna celebridad de poca monta —que, en ocasiones, aún sigue con vida— o de estimular cualquier causa nacionalista. Al mismo tiempo, los activistas no solo exigen la presencia de más y mejores estatuas, sino que reclaman la desaparición de otras tantas efigies dedicadas a un montón de matarifes que, en forma de piedra y bronce, nos aguardan a la vuelta de la esquina con la intención de blanquear ciertas reputaciones y justificar el saqueo de continentes enteros. Por lo general, estas voces críticas deben enfrentarse a una visión que las tacha de furor iconoclasta, afán boicotista, cancelación cultural o incluso arqueología llorica. No es así en absoluto. Se trata simplemente del lógico deseo de ajustar cuentas con un montón de mentiras sobre nuestro pasado y lograr, de este modo, que nuestro presente disfrute de un entorno conmemorativo capaz de reflejar verdades más profundas.

En la Europa del Este posterior a la caída de la Unión Soviética, así como en las naciones del nuevo mundo construidas sobre territorios indígenas, las guerras culturales se han enmarcado de un modo más directo en forma de guerras históricas y memorialistas. En el antiguo bloque oriental, las corrientes populistas se alían con las hoy reforzadas iglesias con el fin de erradicar el legado comunista y colocar de nuevo el modelo de familia tradicional en el centro del escenario social. En Australia, los mayores esfuerzos se destinan a la narrativa colonial y a los relatos vinculados con la desposesión; en Estados Unidos, por su parte, la batalla se libra en torno al legado de la esclavitud.





Con respecto a Gran Bretaña, un territorio donde la ofensiva conservadora del gobierno contra el multiculturalismo no dejó de agudizarse en tiempos de David Cameron y alcanzó unas cotas increíbles con la llegada de Boris Johnson, colonia e imperio son los asuntos más señalados, pero estas preocupaciones llegan hasta ámbitos mucho más amplios aún. Así, la administración de Johnson limitó la independencia de algunos de los museos y de las instituciones educativas más importantes del país por vías que enorgullecerían a cualquier populista polaco o húngaro que se precie. Del mismo modo, Johnson no se cortó un pelo a la hora de colocar a sus muchos adláteres —señorones, casi siempre— dentro del organigrama de la BBC y otros centros culturales, al igual que se ocupó de que sus ministros de Igualdad y sus distintos órganos gubernamentales encargados de asegurar los derechos sociales dedicaran más tiempo a cuestionar conceptos como el de racismo estructural o la dignidad de las personas *trans* que a proteger a las minorías. El dineral que Johnson dilapidó, tras la consumación del Brexit, para colocar banderas de la Unión por todas partes es tan solo la punta de este iceberg cultural. Un proceso similar se viene produciendo en países como Francia, donde, a la vista de las inminentes elecciones nacionales del año 2022, el gobierno de Macron alimentó el miedo a que el llamado *islamo-gauchisme* [izquierdismo islamista] asaltara el Elíseo desde sus míticos e insufribles guetos.

Dejando de lado por un momento esta guerra estatutaria, es tal vez en Alemania donde la batalla cultural ha cobrado un carácter más arquitectónico. En este país, como parte de un esfuerzo concertado para reconstruir los centros urbanos antaño bombardeados —en general a partir de un enfoque historicista—, asistimos no solo a la recuperación de la arquitectura clásica —repudiada, durante mucho tiempo, de forma categórica por sus vínculos con el Tercer Reich—, sino incluso a la reconstrucción, como si Adolf Hitler nunca hubiera existido, de palacios, iglesias y hasta barrios enteros del casco urbano alemán. Sin duda, este consciente esfuerzo en favor de la amnesia tiene mucho que ver con el auge de la derecha y la extrema derecha alemanas, entre las que se incluye, como es obvio, el partido Alternativa por Alemania (AfD).

El legado modernista, que durante su periodo de esplendor utópico apuntaba ante todo a construir un mundo de posguerra más iguali-





tario, hoy se encuentra en entredicho por parte de un tradicionalismo arquitectónico tan reaccionario como pujante. De nuevo en el Reino Unido, el clasicismo, considerado durante mucho tiempo como un capricho del actual rey Carlos III y sus «aduladores» oficiales en el campo de la arquitectura, vive hoy sus nuevas nupcias de la mano de políticas financiadas por el gobierno británico y celebradas por «cocederos de ideas» como el Policy Exchange, hasta el punto de que estas ideas se abren paso de un modo taimado en los planes nacionales, con el devastador efecto que esto podría tener para la creatividad británica. Basta con echar de nuevo la vista atrás para recordar que, en los años ochenta, el por entonces príncipe Carlos fue uno de los primeros actores que empujaron la arquitectura hacia el terreno de las guerras culturales. Pues bien, esta actitud paciente hoy parece dar sus frutos. No en vano, los debates en torno a lo bello se han convertido en el caballo de Troya responsable de inocular en nuestras conciencias el deseo de restaurar cierto historicismo conservador capaz de desmontar, al mismo tiempo, la arquitectura modernista vinculada al estado del bienestar o los proyectos de vivienda pública en beneficio del libre mercado. Todo ello forma parte de un plan reformulador que afecta a nuestros gentrificados centros urbanos y ansía premiar el espectáculo y el ilusionismo de un supuesto espacio público demoliendo a su paso toda utopía modernista. Si tenemos en cuenta que la derecha no tiene la menor intención de seguir financiando el andamiaje arquitectónico de la justicia social o nuestros modelos de vivienda pública, a nadie debe extrañar que demonice el modernismo y lo considere un estilo promovido por élites cosmopolitas. Esta clase de artimañas son las que nos alejan de problemas como la austeridad y encaminan los debates hacia asuntos tan absurdos como cuál debería ser el modelo idóneo para las ventanas de guillotina.

En los Estados Unidos, estas guerras culturales dieron un nuevo vuelco tras el asesinato, en 2015, de nueve feligreses durante una misa celebrada en una iglesia afroamericana en Charleston, Carolina del Sur, a manos de un supremacista blanco obsesionado con la simbología confederada. Banderas y estatuas volvieron a ocupar el centro de los focos debido a las protestas de los estadounidenses negros que clamaban por sus derechos y su dignidad ante este ataque violento. Conviene no olvidar que se trata de una parte de la población que





alberga serias dudas sobre una simbología mucho menos ligada, a su modo de ver, con la herencia sureña que con el rencor a secas. Por si fuera poco, tras el asesinato de George Floyd en mayo de 2020, el movimiento Black Lives Matter retomó con renovadas fuerzas las reivindicaciones que exigían derribar las estatuas coloniales presentes en todo el mundo.

En Gran Bretaña, este ímpetu condujo a la retirada de la estatua dedicada al traficante de esclavos Edward Colston en el puerto de Bristol, al tiempo que en Bélgica se produjeron ataques contra estatuas vinculadas con las atrocidades coloniales perpetradas en el Congo belga. Por su parte, en Australia, donde el gobierno conservador se empeñaba en seguir alimentando un relato fundacional ligado a la travesía y los descubrimientos del capitán Cook, así como al concepto de *terra nullius* —omitiendo por completo el genocidio cometido contra los indígenas australianos y la destrucción de todo su tejido cultural por las compañías mineras—, la estatuaria asociada a Cook pasó a convertirse en un campo de batalla tras la muerte de Floyd.

Las estatuas figurativas elegidas para honrar a sujetos individuales representan los ejemplos más disputados de estas guerras culturales vinculadas con la historia y el legado patrimonial. Esto no tiene nada de raro, sobre todo si tenemos en cuenta que estas representaciones suelen rendir homenaje al poder mucho más que a los hitos virtuosos, lo que las hace mucho más susceptibles de acabar desvelando el atajo de embustes y camelos que las mantienen con vida. Al mismo tiempo, se trata de monumentos en los que el significado y el carácter moral parecen destacarse con más intensidad. Lo que solemos ver posado sobre peanas o en representaciones cuyo tamaño oscila desde el de una ladera montañosa hasta el de una vulgar plaquita, suelen ser, salvo raras excepciones, la inmortalización de varones ricos, blancos y —al menos, en apariencia— heterosexuales. Por poner un ejemplo, en Edimburgo, existen más estatuas dedicadas a perros que a mujeres de carne y hueso; en Londres, se encuentran más figuras de animales que de ciudadanas cuyo nombre haya pasado a la posteridad.⁷ Hasta los monumentos asociados con la abolición de la esclavitud son más dados a ensalzar a los abolicionistas blancos que a inmortalizar la experiencia de los oprimidos.





El filósofo Antonio Gramsci, encarcelado por Mussolini, expuso con perspicacia el funcionamiento de estas disputas por la hegemonía cultural y por el control de los relatos. El pensador italiano distinguía entre lo que él llamaba la «guerra de maniobras», es decir, los intentos por hacerse con las riendas del Estado mediante las armas o a través de las elecciones, y lo que denominaba «la guerra de posiciones», en la que desempeñaban un papel fundamental la cultura, las instituciones y los símbolos a la hora de decidir la agenda ideológica del cambio y sentar las bases para futuras luchas. Así, quienes lograban controlar la cultura podían emplearla para dictar unas normas que, con el paso del tiempo, se acabarían asumiendo como valores dictados por el sentido común y quedarían revestidos de un aura de *incuestionabilidad*.⁸ Si aceptamos las premisas del filósofo italiano, cabría considerar nuestros escenarios conmemorativos como objetos empleados de un modo manifiesto a modo de arma en estas guerras de posición. Ya en 1917, Gramsci se mostró muy crítico con los cambios de nombre que estaban sufriendo algunas calles de Turín, las cuales pasaban a homenajear el elitismo de la casa Saboya en cada rincón de la ciudad:

Armada, en una mano, con una enciclopedia y, en la otra, con un hacha la comisión encargada de nombrar nuestras calles (...) está destripando por completo las calles del viejo Turín. Sucumben al olvido los antiguos nombres, esos apelativos tradicionales del Turín popular que encarnaban el frenesí vital de la antigua comuna medieval. (...) Hoy dejan su sitio a otros nombres que parecen medallas al mérito. Nuestro plano callejero se está convirtiendo en un desfile de medallas.⁹

¿Qué habría pensado el filósofo ante la sustitución de la *via Antonio Gramsci* de Roma por su posterior denominación fascista como *via dei Legionari* en 1944! Por no hablar del posterior bautismo de un fragmento de esa antigua calle, conocida hoy como *piazzale Winston Churchill*.

En otras ocasiones, más que muestras de relatos históricos manipulados en beneficio de las clases dominantes, estos monumentos constituyen verdaderos actos de agresión espacial. Tomemos como ejemplo las estatuas confederadas presentes a día de hoy en los Estados Unidos: durante el periodo inmediatamente anterior a la Guerra Civil Americana, concluida en 1865, las efigies y los monumentos de





homenaje a los caídos en combate solían localizarse dentro de los cementerios. Hubo que esperar a que los antiguos esclavos comenzaran a ejercer su libertad durante el periodo de reconstrucción —que trajo consigo la manumisión— para que los supremacistas blancos desplazaran sus destinos constructivos monumentales desde el camposanto hasta el centro de los pueblos y ciudades, inclusive hasta la misma plaza del ayuntamiento. Toda esa ristra de generales ecuestres, obeliscos y centinelas silenciosos fabricados en masa no tenían como único propósito honrar el duelo de ningún hombre de bien ni perpetuar la farsa según la cual la guerra civil se habría tenido que ver con los derechos estatales —cuando todo el mundo sabe que este conflicto estalló por culpa del esclavismo más enconado—; también pretendía ejercer un control sobre el espacio público todavía segregado durante la era de Jim Crow y recordarle a la gente quién llevaba la riendas de la justicia —y también de su contrario, la injusticia—. Se trataba, en suma, de marcar el territorio. Su finalidad básica no era otra que oprimir. Por eso no dejaron de construirse hasta bien entrado el año 1972. Y por eso también resulta del todo comprensible el enfado que despierta entre la población estadounidense de color ver que estos símbolos infames todavía siguen en pie.

Los fenómenos acontecidos al otro lado del Atlántico fueron muy diferentes, pero, en cierta manera, son asombrosamente similares. En Bristol, el que fuera el puerto esclavista más importante de Gran Bretaña a mediados del siglo XVIII, las horrendas realidades vinculadas con el llamado Acuerdo Triangular se trataron de esconder bajo la alfombra lo máximo posible. Nos guste o no, la identidad de Bristol resulta inseparable de la del propio Edward Colston —a quien se nombró hijo predilecto de la ciudad, en virtud de un supuesto legado generoso y filantrópico—. Los homenajes a Colston incluyen no solo su estatua de bronce, situada en el centro de la urbe —la misma efigie, precisamente, que los manifestantes del movimiento Black Lives Matter echarían abajo durante el verano del año 2020—, o el nombre del cercano Colston Hall, levantado en el antiguo emplazamiento de un molino de azúcar que fuera impulsado con mano de obra esclava, sino que abunda también en las vidrieras de las catedrales y en un montón de calles, escuelas, hospitales y asilos —nombrados en honor de este héroe local—.



La estatua de Robert E. Lee —ubicada, hasta el año 2017, en la ciudad de Nueva Orleans— durante el proceso de su retirada con la ayuda de una grúa. Un número considerable de monumentos confederados desaparecieron del espacio público tras la masacre perpetrada apenas dos años antes por un supremacista blanco obsesionado con la simbología secesionista, que irrumpió en las instalaciones de una iglesia de Charleston, Carolina del Sur, y la emprendió a tiros con sus feligreses afroamericanos, segando la vida de nueve personas. GETTY.

Todavía en 2019, las escuelas primarias de la ciudad de Bristol llevaban de excursión a sus jóvenes alumnos hasta la catedral para que tomaran parte en alguna misa en honor de Colston. Sin embargo, cuando el «héroe» falleció en 1721, lo hizo tras una vida dedicada a liderar una red de compraventa de esclavos a través del Atlántico que costaría la vida de millares de africanos, los cuales, tras ser marcados en el cuerpo como bestias y hacinados en galeras, a menudo sucumbieron como consecuencia de las condiciones insalubres propias del llamado Pasaje del Medio, por no hablar de las violaciones, palizas, mutilaciones y tempranas muertes sufridas en las plantaciones de las Islas de Sotavento o en el suelo americano. Así pues, no es de extrañar, por tanto, que Colston se haya convertido en el emblema de todos los excesos y las manipulaciones cometidos en la fabricación de los monumentos británicos, hasta el punto de encarnar el fracaso del país a la hora de admitir la brutalidad de su historia colonial.

Sin embargo, al igual que ocurre con las estatuas confederadas, en este caso las apariencias también engañan. Esta estatua de bronce derri-



bada hace unos años por estos manifestantes no había sido construida por unos ciudadanos pesarosos pero agradecidos con su ilustre vecino poco después de la muerte de Colston —ocurrida en 1721—. En realidad, la escultura se erigió en 1895, es decir, más de 170 años después, y con un siglo y medio de retraso, de que se pusiera fin al comercio de esclavos en la mayor parte del Imperio británico. Tanto este como otros monumentos levantados en un tiempo muy cercano forman parte de un culto a Colston diseñado de manera astuta por la élite mercantil de Bristol. Este fervor heroico, al tiempo que defendía el relato mercantil subyacente a la historia imperial de la ciudad, no pretendía tanto consolidar la opresión racial de la localidad como apuntalar el sistema de clases vigente. Y Colston era una figura histórica de lo más útil a la hora de crear un relato cívico paternalista e interclasista que se enfrentara al empuje de la organización obrera y del descontento industrial, también en auge. Todo lo referente a la carrera infame de Colston se logró esquivar mediante la estrategia de toda la vida: mirando para otro lado. A nadie le interesaba señalar con el dedo el lugar de donde procedían los fondos que habían financiado los elegantes edificios de Bristol y sus cristianas instituciones. Pero, afortunadamente, las generaciones actuales ya no están dispuestas a seguir tragándose las mentiras.



Un grupo de manifestantes arrastrando la estatua de Edward Colston derribada en Bristol en junio de 2020. Pocos instantes después, la efigie acabaría siendo arrojada en las aguas de un muelle cercano, cuyo puerto había desempeñado un papel capital en relación con el tráfico de esclavos a través del Atlántico. Muchos de los lugareños vieron en el hundimiento de la estatua de bronce en esas mismas aguas un acto de «justicia poética». No obstante, el antiguo monumento se acabó rescatando con el fin de exponerlo en las salas de un museo. GETTY.





Para quienes se preocupan por la justicia social, la forma más adecuada de lidiar con estos falsos relatos, con todos estos cuentistas y farsantes a los que se supone que deberíamos admirar desde sus pedestales, es sumamente sencilla: derribarlo todo. Una actitud sincera y madura que permita superar el racismo y el colonialismo —afirmaría este argumento— nos exige desmontar cualquier monumento y renombrar cualquier espacio que rinda homenaje a personas y sucesos despreciables. Su mera presencia, sus intentos por fijar una identidad colectiva concreta, sumado a estos relatos parciales y falaces, acaban actuando en beneficio del capitalismo, el nacionalismo, el supremacismo blanco, la misoginia y la homofobia.

Pero, pese a todo, no puedo evitar preguntarme: al actuar de este modo, ¿no estaríamos otorgando a estos objetos un poder desmesurado? Lo más fácil sería señalar que las estatuas figurativas son aquellos monumentos que llaman más poderosamente nuestra atención, los que encarnan de manera más visible la manipulación histórica, una visibilidad que tan solo brilla con luz propia y adquiere su auténtico significado gracias a la labor encomiable de un montón de activistas infatigables. Aun así, atrincherarnos en una guerra cultural que restringe su campo de acción a la supresión de símbolos conlleva también ciertos peligros, pues despierta la ilusión de estar asistiendo al cambio cuando, en realidad, la injusticia sistémica cometida contra las personas de color, las mujeres, las personas LGTBIQ+ o las clases subalternas permanece intacta. ¿O no son, acaso, estos mecanismos —que permiten aún, por ejemplo, aberraciones como la encarcelación masiva injustificada— los principales causantes de que hoy pueda persistir en el mundo un Jim Crow,¹⁰ por encima del escenario conmemorativo, por cuestionable que sea? Desde luego, no faltará quien opine que derribar monumentos es tan solo una parte de un proceso más amplio de deconstrucción sistémica.

Como es obvio, este panorama abominable no puede permanecer intacto. Sin embargo, tan importante como establecer un entorno físico más igualitario es garantizar que nunca olvidemos cómo las clases dominantes han rendido homenaje a genocidas como Cecil Rhodes o Cristóbal Colón en nuestro espacio público.





A lo largo de este libro nos ocuparemos con menos frecuencia de las historias concretas que afectan a muchos de estos monumentos, pues se trata de sucesos que la prensa ha venido aireando con cierta frecuencia en los últimos tiempos. En lugar de ello, nos limitaremos a intentar dar respuesta a una pregunta distinta: qué deberíamos hacer con ellos. La respuesta no siempre será tan obvia como pueda parecer. Pues antes de entregarnos a la causa, es preciso que reconozcamos la multitud de mitos y malentendidos que permiten explicar el aspecto actual de nuestros monumentos, así como los más ilustres alardes iconoclastas del pasado —sobre todo los que atañen al final del periodo totalitario europeo—.

Otra cuestión esencial que debemos abordar es cómo nos las apañaremos para sortear las trampas conservadoras que vayamos encontrando en este proceso de honesto revisionismo, pues nuestros vecinos más recalcitrantes mantendrán siempre una actitud sibilina con tal de apuntalar el *statu quo* y nos agobiarán con la acusación de querer borrar la historia, una actitud que intentarán suplantar por la puesta en marcha de políticas deshonestas —basadas en el lema «conservar para explicar»— destinadas, en el fondo, a esquivar cualquier explicación genuina. Por consiguiente, deberemos andarnos con pies de plomo si deseamos forjar una comprensión más nítida de nuestro pasado; un relato que permita, al mismo tiempo, salvaguardar las pruebas reales frente a los desmanes históricos. Pues toda evidencia, por pequeña que sea, nos será de ayuda en esta empresa si queremos derrocar con éxito las mitologías imperiales y colonialistas y conseguir, al fin, mirar de frente a nuestro pasado.

El mero concepto de hecho se ha vuelto algo enrevesado en nuestras guerras culturales. Hoy, mucha gente se pregunta con temor si no habremos alcanzado cierta era posverdadera en la que las emociones y creencias han ganado la batalla a la realidad misma. Tanto es así, que el término *posverdad* fue designado palabra del año en 2016 por el diccionario Oxford. Pese a todo, el fenómeno es mucho más antiguo que eso. Sin ir más lejos, uno de los muchos libros publicados recientemente sobre este tema, el ensayo titulado *Posverdad*, de Lee McIntyre, compendia con nitidez la genealogía de este concepto y explora su





profunda raigambre dentro del contexto americano.¹¹ Para ello, McIntyre da un paso atrás para abordar primero el concepto de *fake news* o *noticias falsas* —primo hermano de la idea de posverdad—, muy usual bajo la forma de panfletos durante la revoluciones francesa y americana. A continuación, el autor pasa revista a las célebres y alevosas manipulaciones realizadas a partir de los periódicos de William Randolph Hearst, que incluían engañosas ilustraciones de oficiales cubanos desnudando a mujeres estadounidenses con el fin de cachearlas —y que, al parecer, contribuyeron a prender la mecha de la guerra entre España y Estados Unidos iniciada en 1898—. El propio Orwell todavía recoge estas preocupaciones en 1949 con la publicación de su célebre novela *1984*, pues señala: «El mero concepto de verdad objetiva está desapareciendo de la faz de la Tierra. Las mentiras van a acabar llenando nuestros libros de Historia». ¹² McIntyre subraya el ejemplo más reciente relativo a las poderosas empresas tabacaleras y sus agresivas campañas publicitarias, orientadas a anular la autoridad de la ciencia moderna. Desde entonces, este rechazo a la autoridad científica se ha convertido en un recurso reaccionario, ya sea para poner en duda el cambio climático o la utilidad de la vacunación. En este sentido, la fabricación deliberada de dudas representa el producto deseado; sin embargo, hechos como el cambio climático acaban siendo meras teorías. El autor subraya el apogeo de los nuevos medios de comunicación y su creciente papel dentro de este fenómeno contemporáneo. A lo anterior se añade la manida obsesión mediática por mostrar las dos caras de la moneda, un tratamiento que a menudo conduce a establecer falsas equivalencias entre dos opciones antagónicas, incluso aunque una de ellas carezca de la más mínima base.

McIntyre sostiene que la idea de posverdad estaría «emparentada con cierta forma de supremacía ideológica en virtud de la cual sus partidarios tratan de persuadirnos sobre alguna cuestión con total independencia de si cuentan o no con pruebas para ello. He aquí una buena receta para la dominación política». ¹³ Este argumento supone una variante de la apreciación que ya hiciera Hannah Arendt al señalar que la amenaza del totalitarismo no consiste en tratar de convencerlos, por medio de argumentos, sobre algo verdadero o falso, sino en darnos a entender que la diferencia entre esos dos conceptos no tiene la menor importancia. ¹⁴ El fascismo, a fin de cuentas, recurre siempre





a emociones fuertes y a la noción de espectáculo en detrimento de la realidad con tal de conseguir sus fines. Las personas que se abrazan a mentiras sienten que están aceptándolas de manera libre y autónoma. Por sencillo que resulte culpar siempre a los medios, en especial a aquellos más recientes, de tantas creencias y teorías conspirativas como abundan en nuestros días, los peligros a los que nos enfrentamos son muy reales. Como señalara Timothy Snyder en el *New York Times*:

(...) posverdad equivale a prefascismo, y Trump ha sido, en este sentido, nuestro presidente posverdadero. (...) El día en que perdamos aquellas instituciones capaces de producir hechos importantes para nuestras vidas, iremos echando mano, cada vez con más frecuencia, de abstracciones y seductoras ficciones. La noción de posverdad desdibuja el Estado de derecho y nos lo entrega de lleno a la esfera de los mitos.¹⁵

Frente a estas amenazas, la arquitectura debería quedar inmune ante las fuerzas posverdaderas, pues a primera vista no existe otra forma de evidencia más incuestionable en relación con nuestro presente y con la forma de nuestro pasado que las colosales y longevas masas de nuestros edificios. La pura materialidad artística, su relativa longevidad, conlleva la impresión de certidumbre, una honesta sencillez que cabría resumir como «lo que ves, es lo que hay». La realidad, nos recuerda Philip K. Dick, «es lo que sigue en su sitio, aunque dejes de creer en ello».¹⁶

Los aspectos comentados hacen de la arquitectura un preciado recurso para aquellos actores que ansían manipular el presente a través del pasado, sobre todo si tenemos en cuenta que el inmutable aspecto externo de las estructuras no figurativas resulta especialmente útil para desmenuzar su contenido ideológico. Dentro de un contexto donde la xenofobia campa a sus anchas, pensar ingenuamente que este panorama urbano está despojado de intereses equivale a convertir su manipulación en un arma efectiva contra la verdad. Nuestros paisajes conmemorativos y arquitectónicos se suelen, por ende, subestimar a la hora de apuntalar y dar pábulo a mentiras sobre nuestra historia; se convierten en herramientas capaces de dar cuerpo a estos embustes, dificultando con ello aún más su refutación. De esta manera, el test de fiabilidad que postulara Arendt se vería socavado.





Por extraño que parezca, los combatientes culturales de orientación derechista tienden a poner el foco en la posmodernidad como el origen de lo que consideran el declive de los valores conservadores. En parte, esto se debe a que perciben las políticas actuales como un recurso agotado y entienden que el principal desafío a su hegemonía cultural —no olvidemos que, ellos también, han leído un poquito a Gramsci— lo constituyen las políticas de identidad que encarnan los activistas actuales en favor de la justicia social —militantes, cierto es, que a menudo cuentan con una poderosa base teórica de carácter posmoderno que orienta sus prácticas y su comprensión del mundo—.

Sin ninguna duda, el posmodernismo constituye una parte del problema, pero lo es, a mi juicio, sobre todo para la izquierda, pues dificulta la primacía de los hechos y el materialismo histórico, dado que el posmodernismo, entendido como marco teórico, se propone desmontar conceptos fundacionales que llevan entre nosotros desde la Ilustración. Entendido como un conjunto de ideas, es probable que su culmen académico tocara techo hace años; en cualquier caso, sigue ejerciendo sobre nuestro presente un pernicioso efecto. Y por mucho que haya enriquecido nuestro arsenal analítico y ampliado los términos de nuestros debates y preocupaciones en favor de los sujetos más perjudicados por la historia, también ha traído consigo la erosión del concepto de objetividad y de verdad histórica, que esta corriente filosófica percibe como ingenuos y totalizadores. En este sentido, considero que el posmodernismo y su giro lingüístico debilitaron la mera posibilidad de una historia científica basada en la investigación rigurosa de las fuentes primarias. No en vano, para el posmodernismo, cultura e historia resultan conceptos carentes de poder universal y explicativo, pues quedan reducidos a una serie de relatos en disputa tan disjuntos como entrelazados, vinculados a la experiencia personal de cada sujeto o grupo particular. En el fondo, se acaban convirtiendo en hechos alternativos.

En el campo de la arquitectura, estas derivas han traído consigo algo más que la adopción del llamado estilo Po-Mo —que se obtiene arramblando sin más con el legado que nos ofrecen la historia del diseño y su herencia material, metiéndolo todo en la batidora y creando así una osada mezcla—, lo que nos entrega a las garras de un parametrismo impulsado por datos pero carente de valores, idóneo para





el espectáculo del capitalismo tardío. Del mismo modo, estas derivas han dañado profundamente el valor archivístico que revisten siempre nuestros edificios. Conceptos tan esenciales —conservados como oro en paño durante más de un siglo y promovidos por figuras tan ilustres como la del socialista William Morris—, como el de «autenticidad» para la conservación de reconstrucción de nuestros monumentos, unido a las exigencias de honestidad intelectual para poder discernir de manera visible lo nuevo de lo antiguo, están quedando descartadas sin mayor debate. Nociones antaño tan precisas como las de reconstrucción o restauración comienzan a utilizarse de manera descuidada, eso si no quedan suplantadas directamente por tecnologías —tan potencialmente útiles como plagadas de riesgos— que se utilizan sin ningún cuidado ni regulación para fabricarnos copias digitales susceptibles de aportar una burda réplica de autenticidad. En resumen, la autenticidad es hoy un vocablo en serio peligro de perder su sentido por culpa de un montón de vendehúmos, a pesar de que se trata de un concepto demasiado importante como para renunciar a él.

Esta podredumbre va calando desde arriba. En el caso de la UNESCO, es consecuencia no solo del pensamiento posmoderno sobre el patrimonio, sino también de la conveniencia política, de intentos equivocados de reconstrucción y reconciliación posteriores a los conflictos y del deseo de resistir a la fiebre iconoclasta de actores como el Daesh. El papel de la destrucción arquitectónica selectiva en la conformación de construcciones sociales como el Estado-nación o la represión y manipulación de grupos étnicos fue un tema central de mi libro *La destrucción de la memoria*,¹⁷ publicado en 2006. Este trabajo centraba su estudio en los objetivos de la arquitectura, el patrimonio y los monumentos dentro de los conflictos armados, especialmente —pero no solo— en aquellos caracterizados por identidades enfrentadas, en los que la destrucción cultural era un aspecto inseparable de cualquier limpieza étnica o de todo genocidio. Sin embargo, tales dinámicas, sumadas a las manipulaciones de un registro histórico impugnado, existen también en las reconstrucciones inmediatamente posteriores a una guerra y en los procesos de paz más prolongados que dan comienzo a continuación.





En algunos aspectos, *Mentiras monumentales* representa una suerte de complemento a ese trabajo anterior; en otros, sin embargo, revisa esa mirada optimista de hace años, en especial con respecto a cuestiones como el papel de la comunidad internacional en la protección adecuada de nuestro patrimonio cultural. Así, por ejemplo, mientras que la idea de reconstruir los budas de Bāmiyān fue considerada en su día una farsa inaceptable por la UNESCO, la organización ha aceptado desde entonces la elaboración de otras copias —como la del puente de Mostar, sin ir más lejos, que fue declarado rápidamente Patrimonio de la Humanidad, una designación que solo fue posible después de que la UNESCO hiciera la vista gorda al asunto y declara que el facsímil cumplía con los estrictos criterios de autenticidad que impone este organismo—. Poco tiempo después, en 2015, la UNESCO declaró que Palmira, la localidad siria devastada por la guerra, sería reconstruida sin ni siquiera haber examinado los daños *in situ*. Los fracasos ofrecidos por el tribunal de La Haya, los mitos de la reconciliación a través de la memorialización y la campaña destructiva y genocida emprendida por el Estado Islámico también han desencadenado otro hecho preocupante: la colaboración frecuente entre expertos patrimonialistas y cuadros militares occidentales. En este sentido, el gobierno británico puede presumir ya de contar con una unidad de protección cultural en las filas de su ejército y de financiar medidas de salvaguarda patrimonial en Yemen bajo el amparo del Consejo Británico —todo ello, mientras vende armas a Arabia Saudí, un Estado responsable de aniquilar ese mismo patrimonio—.

Hoy tenemos más datos sobre el mundo, más mediciones, más imágenes del mismo, que en ningún otro momento de la historia. Sin embargo, vivimos en una época en la que los hechos verificables se tachan de falsos, de poco fiables, junto con el saber que los acredita. Pero, nos guste o no, los hechos verificables de la historia son vitales para el desarrollo de la vida; y a este respecto, la autenticidad de un edificio puede encarnar una prueba irrefutable acerca del pasado, hasta el punto de que el campo arquitectónico puede ser un testigo crucial de acontecimientos oscuros: desde una barriada de chabolas hasta un lujoso palacio, pasando por un centro de salud o una galería de arte privada, todos estos edificios son ejemplos de una arqueología archi-





tectónica capaz de revelar cómo vivimos, cómo se organiza nuestra sociedad y qué fuerzas principales vertebran el mundo. Por desgracia, en la fase actual reconocible por el derribo de estatuas —en especial, tras el asesinato de George Floyd—, son muchas las personas que se niegan a ver en las estatuas una parte de la historia. Se equivocan. Las pruebas que respaldan el registro histórico no se limitan tan solo a las palabras escritas sobre una página, sino también al resto de artefactos materiales. Al fin y al cabo, siempre se podría decir que Lev Trotsky no era un experto fiable en materia de diseño, pero lo cierto es que fue un astuto observador cultural y comprendió el papel de la arquitectura como registro de la historia, sobre todo cuando señaló que:

(...) el Renacimiento comienza, en cualquier caso, cuando la nueva clase social, saciada ya culturalmente, se siente lo suficientemente fuerte como para sacudirse el yugo del arco gótico, para considerar el gótico y todo lo anterior como materiales a su disposición y para someter la técnica del pasado a sus propios objetivos artísticos.¹⁸

Se trata de algo más que de una elegante metáfora; Trotsky creía que la arquitectura, por encima de todas las artes, revelaba los procesos dialécticos que están en juego en el arco histórico. En línea con esta idea, nuestro libro pretende situar el materialismo histórico y el valor de las pruebas en el centro del debate, en detrimento del concepto más endeble y problemático de «memoria».

De paso, nuestro trabajo cuestiona hasta qué punto cambiar el entorno construido altera realmente nuestras vidas y valores. Hoy asistimos a muchas ilusiones deterministas, expectativas de «causa y efecto» sobre el impacto de los monumentos y de la iconoclasia —o, de hecho, de la arquitectura y el estilo arquitectónico en general— tanto para nosotros como para nuestras políticas y modelos sociales. La manida observación de Winston Churchill según la cual «somos nosotros quienes damos forma a nuestros edificios, pero luego son ellos quienes nos moldean a nosotros» constituye, en realidad, una burda simplificación. Conviene recordar que Churchill pronunció estas palabras con motivo de un discurso pronunciado en 1943 en el que pedía que la Cámara de los Comunes, bombardeada durante la guerra, recuperara su aspecto





anterior al conflicto.¹⁹ Se advierte aquí un hilo subyacente de tipo determinista según el cual la arquitectura y el diseño habrían invertido y promovido demasiadas cosas; se trata de la creencia de que el diseño no puede limitarse a construir lugares más equitativos que moldeen nuestras vidas de manera positiva —algo que siempre podrán hacer—, sino que debería provocar un cambio social en lugar de limitarse a reflejarlo. Esta visión de las cosas no solo margina la capacidad de los individuos para impulsar el cambio social, sino que propaga unos mitos sobre nuestra respuesta conductual al entorno físico que aún persisten en la actualidad. Podría decirse que estos mitos se mantienen vivos cada vez que pensamos que gozar de un paisaje monumental más progresista e incluso alumbrará por sí solo el cambio social. De este modo, quienes exigen que se prohíba la presencia de estatuas podrían estar tragándose las mismas ilusiones sobre el impacto de tales acciones en el mundo real. Pero, nos guste o no, ofender no es lo mismo que hacer daño de verdad.

En todo este debate, influyen poderosamente la política y sus tácticas propias. Tanto los progresistas como los reaccionarios están utilizando como arma arrojadiza el patrimonio histórico edificado. Las luchas por la igualdad basadas de carácter identitario han dado varios pasos de gigante a lo largo del último medio siglo —tal vez más—, desafiando con ello a quienes ocupan los puestos de poder y sus relatos, revelando historias ocultas y exigiendo que las opresiones del pasado se reconozcan y se reparen en el presente. Entre las décadas de 1960 y 1980, en particular, la historia fue arrebatada a sus dueños de toda la vida y logró con ello democratizarse, lo que exigió la revisión profunda de muchos relatos dominantes y la conversión de las vidas de la clase trabajadora ordinaria en un objeto legítimo de investigación. El auge del pensamiento transversal a lo largo de las últimas décadas ha enriquecido aún más estos debates, aunque el deseo de presionar a una izquierda económicamente reduccionista para que mire más allá del concepto, ha relegado con demasiada frecuencia las cuestiones de clase a una característica identitaria más, en lugar de utilizarlas como un motor de cambio.

El enfoque identitario de la izquierda también se ha visto reflejado en peligrosos equivalentes identitarios, promovidos por la derecha y la extrema derecha, empeñadas en determinar quién tiene hueco en





nuestra sociedad y quién debe quedar fuera, utilizando, para tales fines reaccionarios, el patrimonio y la historia. A este respecto, el periodista y académico Kenan Malik nos advierte de los peligros potenciales que entrañan estos enfoques identitarios: «Muchas personas de izquierda abrazan ahora la idea de que los intereses y valores de una persona estarían definidos, ante todo, por su identidad étnica, cultural o de género», señala. «Sin embargo, la política identitaria es, en el fondo, la política propia de la derecha reaccionaria. Hoy, son los energúmenos de extrema derecha quienes mejor aprovechan la oportunidad que les brinda la proliferación de esta clase de políticas por parte de la izquierda para legitimar la que fuera su marca más tóxica».²⁰ A este respecto, el racismo, por ejemplo, está siendo reformulado como una simple política propia de la identidad blanca por parte de aquellos que desean explotar las disputas sociales y fomentar las guerras culturales.

Si el periodo acontecido entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial fue, según la formulación de Eric Hobsbawm, «la Era de la Catástrofe», la actual podría caracterizarse como un tiempo de «catástrofe permanente». Este contexto inestable es el caldo de cultivo perfecto para enquistar los conflictos identitarios y llevar adelante nuestras guerras culturales. Sin soluciones económicas en el horizonte, las guerras se convierten en el medio más adecuado para que los políticos intenten cortejar a sus votantes. La derecha se resiste al impulso de los progresistas de transformar las comunidades en nombre de la igualdad y la diversidad, y se empeña en preservar sus propias tradiciones ficticias, atrincherada en sus comunidades nacionalistas imaginarias de toda la vida. La izquierda socialdemócrata, por su parte, incapaz de ofrecer sus propias soluciones financieras frente a la crisis del capitalismo, al declive paulatino de Occidente o a la emergencia climática, ha confiado, en cambio —siempre que le ha convenido—, en el dinamismo de los movimientos de progreso identitarios para ocultar su impotencia económica. Ante un escenario así, el centro de atención pasa a ser la superestructura cultural en lugar de las mejoras materiales.

Por tanto, debemos actuar con cautela a la hora de exigir la remodelación de nuestro entorno construido y la alteración del registro tangible del pasado. Una guerra cultural no es algo que convenga,





normalmente, a la gente progresista. Sin embargo, por muy falsas que sean estas guerras —en el sentido de que la derecha las utiliza como excusa para abrirse paso en su camino al poder—, las consecuencias del conflicto son reales: en Charlottesville, por ejemplo, los supremacistas blancos marchan empuñando antorchas y cantando «Los judíos no nos reemplazarán»; en Londres, los fascistas claman «*Sieg Heil!*» frente al cenotafio de Whitehall. Los bastiones culturales de la derecha jalean cada vez más a sus electores para que se sientan asediados y libren las «últimas batallas» contra la llamada «gran sustitución» de los blancos por quienes no lo son, en un triste binarismo anticosmopolita que se acaba reduciendo a dicotomías como: «Mi cultura, mi herencia, mi identidad... o la tuya». Pero, aunque no queramos empezar desde aquí, lo cierto es que es el punto donde nos hallamos. No podemos recular más. Nos jugamos demasiado.

Aun así, tenemos que ser capaces de separar el grano de la paja —la verdad de la mentira—, y no solo en Internet o en los telediaris, sino en todo nuestro entorno construido. Tenemos que buscar formas de preservar los estratos de sentido que atesoran nuestros monumentos y nuestra ciudad, con el fin de convertir ciertos elementos hasta hoy conmemorativos en hitos de la vergüenza, monumentos capaces de alterar el valor del pasado sin renunciar por ello al valor *evidencial* que encarnan dentro de la esfera pública. Sin un planteamiento así, existe el riesgo real de que, en nombre del progreso, allanemos el camino a un peligroso populismo *buenrollero* en el que la verdad —incluida la verdad arquitectónica— acabe siendo lo que nos venga en gana. Sin duda, la verdad histórica no es siempre la verdad absoluta ni tiene la última palabra sobre el mundo, pero es lo más cercano que podemos abrazar para comprender los sucesos del pasado. El éxito de esta empresa dependerá de que dispongamos de las mejores pruebas disponibles y mostremos una mente abierta que permita contrastar esa verdad con cualquier prueba que surja, incluida las proporcionadas por el campo arquitectónico. Si falsificamos o destruimos esas evidencias, ¿cómo podremos aprender de ellas o protegerlas contra quienes desean aprovechar esa ausencia para usarla en nuestra contra?

En resumen: nuestro trabajo sostiene que, si ya no podemos confiar en que un entorno tangible nos diga la verdad, lo tenemos crudo, muy crudo.